

— Le aconsejaria que despertase.

— ¿Y si á pesar de este consejo, que para mi ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

— Entonces, señora, le diria que obtuviese se le levantase el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

— ¿Y pensais, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio seria vano?

— Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándome con una expresion indecible de angustia:

— ¡Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aqui, y oido todo cuanto me acabais de decir.

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas. — Luis Napoleon vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré á Francesco en Stúckborn á donde le habia mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos á la fonda de la Corona en Schaffausen.

El día siguiente me fui á pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó á mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba á un hombre del siglo xv, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que á aquella mutilacion debia de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos á alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubrí en el umbral de la posada á un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habian vendido por tabaco. Me fui á él, pensando que á nadie podia dirigirme mejor para saber por qué causa habian cortado la mano de aquel personaje, cuya

biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, extendió la mano con dirección á la estatua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicacion, me volví hácia el manco, lo miré desde la cabeza á los piés, pero no ví la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre habia querido burlarse de mí, y me volví con intencion de darle las gracias por su atencion.

— Y bien, ¿ habéis leído? me dijo mi hombre con la misma calma.

— ¿Cómo quereis que lea si no hay escrito nada?

— ¿Habéis mirado por detrás?

— No.

— Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripcion, y dando vuelta al pedestal ví unas letras medio borradas; felizmente adiviné el resto leida la primera palabra; era este verso de Virgilio:

Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse á tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo á mi hombre.

— ¡ Y bien! me dijo.

— Lo he leído.

— ¿Estareis contento?

— No.

— ¿No habéis encontrado una inscripcion?

— Sin duda; pero no dice porqué tiene el puño cortado aquel hombre.

— Entonces, me dijo desdeñosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que á mi pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Además, como al decir del mismo cicerone no habia otra cosa que ver en Schaffausen, volví á entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aproveché el mozo este momento para traerme el libro de viajeros, á fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que habia pasado por allí hacia doce dias. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me habia dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen á la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la expansion de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viaje, lo que habia hecho durante su estancia en Schaffausen, y por último qué camino habia tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió á su rostro tal expresion de dolor oficial que contrastaba con la fisonomia que le habia dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba á anunciar alguna desgracia. En efecto,

antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo : ¡ Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente á entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

— ¿ De qué amigo ? le dije.

— ¡ Oh ! era un jóven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura! continuó descomponiendo cada vez más su semblante.

— Pero, ¿ quién es ese loco ? le interrumpí.

— ¡ Ay ! ay ! continuó el fondista : está curado ahora.

La muerte es un gran médico.

— Pero en fin, ¿ quién se ha muerto ? hablad.

— ¡ Cómo ! ¿ con que no lo sabeis ? me dijo el fondista.

— Yo no sé nada : vamos.

— ¿ Ni tampoco sabeis que no se ha encontrado su cuerpo ?

— ¿ Pero el cuerpo de quién ? decid.

— El del otro nada importaba, porque no habia parado aquí y se habia ido al Halcon de Oro ; podía el diablo llevarse su cuerpo, pero el de ese pobre Mr. Williams que se parecia á una jóven....

— ¡ Cómo ! exclamé : ¿ sir Williams ha muerto ?

— Sí, mi querido amo.

— ¡ Dios mio ! ¿ y cómo ha muerto ?

— Ahogado ; á pesar de todo cuanto le dije.

— ¡ Muerto ! ahogado !

— ¡ Ay ! sí, aquí teneis la carta que os ha escrito.

Alargué maquinalmente la mano, y tomé la carta, pero sin leerla ; tan abismado me habia dejado lo inesperado de aquella noticia.

— En vano le repetimos que era una locura, continuó el fondista : cuanto mas se le decia el peligro, mas terco se mostraba.

— Pero en fin, repliqué volviendo en mí, ¿ cómo le sucedió esa desgracia ? porque ha sido un accidente y no un suicidio, ¿ no es verdad ?

— ¡ Hum ! hum !... Dios sabe el fondo de la verdad : pero en cuanto á mí, estoy en que atentó contra su vida. ¿ Quereis que os lo diga ? me parece que aquel hombre tenia un grande pesar en el corazon.

— No os equivocais, amigo mio : pero dadme algunos detalles. ¿ Cómo ha muerto ? ¿ ahogado, zozobró su barca, ó fué bañándose ?

— No, señor, no, nada de eso ; imaginaos.... es toda una historia : oid.

— Pues bien, contádmela.

— Pues habeis de saber.... perdonad si tomo asiento.

— Sentaos, sentaos... tan impaciente estoy que me olvidaba de ofrecéroslo.

— Como os iba diciendo, hace tres semanas que llegaron á Schaffausen dos elegantes ingleses, y fueron á parar no sé porqué á la fonda del Halcon de Oro ; pero nada tiene de particular, porque el fondista es un intrigante. ¿ Creereis que va á esperar á los viajeros en la puerta de Constanza y que allí...

— Amigo, volvámonos á nuestro asunto que es lo que me importa ; ¿ qué sucedió despues que los ingleses estuvieron en la fonda del Halcon de Oro ?

— En Schaffausen hay pocas cosas que ver, pero á una legua ó legua y media de aquí tenemos el famoso salto del Rhin, del que habreis sin duda oido hablar, pues el rio se precipita á una profundidad de setenta piés.

— Amigo mio, todo eso lo sé: volvamos á los ingleses.

— Habian venido, pues, para ver el salto, y por consiguiente tomaron un guia que les acompañase, aunque no es necesario tomarlo, pues el camino tiene veinte y cuatro piés de ancho, pero el propietario del Halcon de Oro les dijo: mileres, es necesario tomar un guia. Ya comprendéis, como que el guia le da un tanto por los parroquianos que le proporciona...

— ¡ Bueno! ya sé yo á qué atenerme sobre el fondista del Halcon de Oro, y en prueba de ello veis que me he venido á vuestra fonda; pero os advierto que si no acabais pronto vuestra relacion, tendré necesidad de ir á pedir que me la haga vuestro compañero.

— ¡ Ya voy! ya voy! señor; pero permitidme que os diga que el otro no os la sabia contar como yo, porque no es mas que un charlatan que....

Levantéme con impaciencia, y el fondista conoció mi demostracion hostil; me hizo seña con la mano de que iba á acabar, y continuó:

— Estaban los dos ingleses delante del salto del Rhin, mas abajo del castillo de Lauffen; miraron algun tiempo el rio que de repente se cambia en una cascada, y se precipita de setenta piés de altura: estaban sin abrir la boca ni pestañear siquiera, cuando de pronto el mas jóven dijo al mas anciano: apuesto veinte y cinco mil libras, á que bajo por la cascada en una barca. El mas viejo dejó caer aquella provocacion, cual si no la hubiese oido, tomó su lente, miró el agua espumante, bajó algunos pasos á fin de descubrir el abismo donde el rio se precipitaba, despues se volvió á su camarada y le dijo

con la misma flemma tranquilamente: yo apuesto á que no.

Dos horas despues volvieron los dos amigos á Schaffausen, y se hicieron servir la comida como si nada hubiese pasado.

Despues de comer, el mas jóven mandó á llamar al fondista, y le preguntó en dónde podria comprar una barca.

Al dia siguiente fueron á buscar por los talleres, con el fondista, quien les vendiese una barca. No hallaron ninguna que les conviniese, encargaron una nueva: con las instrucciones que el inglés dió para su construccion, y por algunas palabras que se le escaparon, adivinó el constructor el objeto con que se le encargaba el barco. Sir Arturo Mortimer, que así se llamaba el mas jóven, no teniendo ningun motivo para ocultar su proyecto, le contó la apuesta. Peter hizo cuanto pudo para disuadirle, pero sir Arturo se impacientó y se levantó para ir á otro taller á hacer el encargo. Entonces Peter vió que era una resolucion invariable, que no pudiendo cambiarla nadie, tanto valia que se aprovechase él de ella como otro; tomó el dibujo que le habia hecho sir Arturo, y prometió la barca para el domingo siguiente.

El mismo dia se difundió la voz por los alrededores de que un inglés habia apostado saltar la cascada del Rhin; nadie podia creerlo, tan loca parecia la resolucion. Todo el mundo iba á preguntar la verdad á Peter, que contestaba enseñando su barca, que comenzaba ya á tomar forma. El inglés acudia á ver todos los dias si adelantaba, hacia tranquilamente sus observaciones, las cosas marchaban lo mejor del mundo.

En esto llegó á Schaffausen sir Williams Blundel que vino á parar en mi casa. Parecia triste y abatido, le pedí sus órdenes : tartamudeó algunas palabras que no entendí : no importa, le hice llevar al mejor cuarto de la fonda, que es este mismo, y se le sirvió una comida, como no la hubiera visto jamás, os lo aseguro, en el Halcon de Oro. Cuando su ayuda de cámara bajó, le pregunté si su señor estaria mucho tiempo en Schaffausen ; supe que marcharia al dia siguiente por la mañana. Inmediatamente me ocurrió una idea para detener á sir Williams hasta el domingo siguiente : me parecia cosa fácil con decirle lo que se iba á verificar aquel dia.

En consecuencia, cuando creí que estaria á los postres subí á su cuarto y entré discretamente y sin ruido. Tenia en la mano, sobre la cual apoyaba su frente, un pedazo de velo verde, y parecia abismado en tal tristeza que no reparó en mí. Le hice tres reverencias sin poderle sacar de su meditacion : en fin, viendo que necesitaba añadir la voz á la pantomima, le pregunté si estaba contento de la comida.

Mi voz le hizo estremecer, levantó la cabeza, me vió en pié delante de él, é inmediatamente ocultando el pedazo de velo en su bolsillo :

— Sí, muy contento, muy contento, me dijo.

En aquel momento reparé que no habia probado nada de la comida : comprendí que tenia el esplin. Fué mas vivo mi deseo de distraerlo.

— El ayuda de cámara de milord ha dicho que su gracia marchaba mañana.

— Sí, esa es mi intencion.

— ¿No sabe milord, tal vez, lo que aqui pasa?

— No, no lo sé.

— Si milord lo supiese se quedaria, sin duda alguna.

— ¿Pues qué pasa?

— Una apuesta, milord ; un compatriota de vuestra gracia ha apostado que saltará la cascada del Rhin en una barca.

— ¿Y qué hay de admirable en eso?

— ¿Qué hay de admirable? Que hay mas de ciento noventa y nueve probabilidades de que ha de perecer.

— ¿Estais seguro? me preguntó sir Williams, mirándome de hito en hito.

— Segurísimo, milord.

— ¿Cómo se llama mi compatriota?

— Sir Arturo Mortimer.

— ¿En dónde pára?

— En la fonda del Halcon de Oro.

— Hacedme acompañar hasta allí, quiero hablarle.

Tuve un momento de terror, pensé que sir Williams, descontento con la comida que no habia tocado queria cambiar de fonda, y ya concebís que no era por la pérdida, sino por la humillacion ; en consecuencia mandé al mas inteligente de los criados, aquel que os ha dado todos los detalles sobre la estatua á que le falta la mano : ¿no os acordais?...

— Sí, sí.

— ¡Como hablaba inglés le mandé pues acompañase á sir Williams á la fonda del Halcon de Oro y que se hiciese todo ojos y oídos. No tuve necesidad de recomendárselo dos veces ; no solo acompañó á sir Williams hasta el cuarto de sir Arturo, sino que aun se puso á escuchar á la puerta.

Sir Arturo se disponia á comer, y por lo que mi

criado pudo sacar del ruido de los tenedores, lo hacia con mas apetito que sir Williams. Recibió á su compatriota con gran política, se levantó, le ofreció asiento y lo convidó á comer. Sir Williams aceptó el asiento pero no la comida.

Supé con placer esta última circunstancia, pues me probó que el inglés no habia dejado de comer en mi casa por desprecio.

— Mirad, dijo sir Williams, despues de un instante de silencio, perdonad mi indiscrecion. pero por mi fondista de la Corona acabo de saber que teneis hecha una apuesta.

— Verdad es, señor, respondió sir Artaro.

Al decir esto se saludaron los dos ingleses; pues mi criado que es muy entendido, aunque parece que lo dudais, miraba lo que hacian por el ojo de la llave, de modo que nada se le escapó. Digo pues que los dos se saludaron.

— Está bien, repliqué yo; pero supongo que la conversacion no terminaria así, segun presumo.

— ¡Quiá! ya vereis.

— Esta apuesta, continuó sir Williams, consiste, segun me han dicho, en saltar la cascada del Rhin en una barca.

— Estais perfectamente enterado, caballero; volviéronse á saludar de nuevo los dos ingleses.

— ¡Y bien! milord, dijo sir Williams, vengo á pedirlos ser vuestro compañero de viaje.

— ¿Como interesado en la apuesta?

— No, señor, no, como aficionado.

— ¿Entonces es únicamente por gusto?

— Por gusto, contestó sir Williams.

Dicho esto se saludaron los dos ingleses por tercera vez.

— Os advertiré que el barco no ha sido encargado mas que para una persona.

— Yo os pido permiso, milord, para pasar por casa de Peter y darle nuevas órdenes, bien entendido que partiremos los gastos.

— Perfectamente, caballero; si quereis aguardar á que acabe de comer iremos juntos.

Sir Williams hizo una señal de que estaba á la disposicion de su compatriota, y Franz, tranquilo ya sobre ciertos temores que yo le habia hecho concebir, inmediatamente volvió á contarme lo que pasaba.

Desde entonces, continuó mi huésped, sir Williams pareció mas tranquilo, y comia y bebia como vos y como yo: todos los dias iba á hacer su visita á la barca, que adelantaba visiblemente, hasta que estuvo concluida el sábado por la mañana y expuesta al público á la puerta del taller de Peter, de suerte que nadie dudó de que se verificaria el salto el domingo.

Por la tarde despues de comer pidió sir Williams papel, tinta y plumas y pasó la noche escribiendo: á la mañana siguiente temprano, que era el dia de la apuesta, me hizo llamar y me entregó dos cartas, una para vos, que es la que os he dado, y otra para miss Jenny Burdett, y esta, segun sus instrucciones, debia enviarse á Inglaterra: arregló luego la cuenta de los gastos, que me pagó doble; dejó cien francos de propina á los criados, y se levantó para ir á ver á sir Arturo. En aquel momento entraron llorando su lacayo y su ayuda de cámara, venian para hacer la última tentativa para disuadir á su amo, pues segun se les habia dicho debia morir infaliblemente; pero sir Williams permaneció inalterable: en vano

le suplicaron arrojándose á sus piés, abrazando sus rodillas. Sir Williams los hizo levantar, les puso en las manos un contrato de cien luises de renta á cada uno, y abrazándoles cual si fuesen sus hermanos, salió sin querer escuchar mas sus observaciones.

Los otros dos ingleses le esperaban ya en el Halcon de Oro, donde estaba dispuesto un almuerzo. Sentáronse los tres *gentlemen* á la mesa, y sir Williams comió y bebió con buen apetito, pero sin afectacion. El almuerzo duró dos horas: á los postres el compañero de sir Arturo llenó una copa de vino de Champaña, y levantando la mano:

— A la pérdida de mi apuesta, dijo, y á que pueda contar esta tarde sobre esta misma mesa, las veinte y cinco mil libras, que espero tener la dicha de perder.

Los dos convidados respondieron á este brindis, y levantándose de la mesa se fueron al balcon.

La plaza estaba atestada de curiosos. Habian acudido de Constanza, de Appenzell, de Saint-Gall, de Aarau, de Zurich y del gran ducado de Baden. Apenas aparecieron en el balcon cuando todo el mundo les recibió con aclamaciones: saludaron, despues sir Williams mirando el reloj, dijo á su compañero:

— Milord, va á dar la hora; no hagamos esperar á los espectadores.

Sir Arturo pidió tiempo para encender un cigarro, y hecho esto, bajaron los tres ingleses.

La barca se hallaba amarrada á unos cien pasos de Schaffausen sobre la orilla izquierda del Rhin: cerca de la barca, el lacayo del segundo inglés tenia dos caballos de las riendas: el uno era para su amo

que debía seguir la barca y el otro para él que debía acompañar á su amo. Sir Williams y sir Arturo se entraron en la barca: lord Murdey, que este era el nombre del tercer inglés, montó á caballo: á una señal convenida, Peter cortó la cuerda que sujetaba la barca. Alzóse un grito en ambas orillas cubiertas de espectadores, empero apenas se hubieron asegurado estos de que la apuesta se iba á verificar, echaron á correr á la caída del Rhin en vez de seguir el curso de la barca, para no perder nada del desenlace de aquel drama, cuya exposicion acababan de ver.

Sir Williams y su compañero se habian abandonado á la corriente del rio, sin valerse de los remos ni para adelantar ni para detenerse. Durante diez minutos casi su marcha fué tan lenta que sir Murdey los seguia con el caballo al paso; entonces se comenzaron á lo lejos á oír los rugidos de la catarata. Sir Arturo apoyó una mano sobre la espalda de Williams, y alargando la otra al lado donde se oía el ruido, le hizo señal sonriendo de que escuchase. Entonces un barquero que estaba sobre las orillas del rio, les dijo que si querian retroceder todavia era tiempo, pues él se echaria á nadar para llegar á su barca y conducirlos á la orilla. Sir Arturo se metió la mano en la faltriguera, sacó un bolsillo, y se lo tiró con toda su fuerza al barquero, á cuyos piés cayó. El barquero lo levantó del suelo meneando la cabeza. La barca comenzaba á sentir entonces un movimiento mas rápido; pero tan imperceptiblemente que apenas se habria notado si lord Murdey no hubiese tenido que hacer trotar á su caballo para seguirla.

Cuanto mas se aproximaban, mas formidable era

el ruido de la caída del agua : media hora antes de llegar al sitio desde donde se precipita, se distingue bajo de aquel abismo una nube de polvo de agua que rechazada por las rocas, vuelve á subir al cielo como el humo. A esta vista sacó sir Williams de su pecho el pedazo de velo verde que yo le había visto entre las manos, y lo besó : probablemente era algun recuerdo de su patria, de su madre, de su querida.

— Si, sí, interrumpí yo, sé lo que es : continuad.

La barca comenzaba á resentirse tambien de la aproximacion á la catarata porque lord Murdey tuvo que correr á galope para seguirla. Sir Arturo se habia sentado y comenzaba á asegurarse en las banquetas de la barca : sir Williams se quedó en pié con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo : una ráfaga de viento le arrebató el sombrero que cayó en el río.

La embarcacion corria entretanto con creciente rapidez, de modo que para seguirla lord Murdey se veia obligado á galopar. En cuanto á las gentes de á pié, los que se habian dejado alcanzar de ella, quedaron atrás. Algunas rocas comenzaban ya á sacar fuera del agua su cabeza negra y reluciente, y los atrevidos navegantes pasaban por medio disparados como una flecha. De vez en cuando inclinaba sir Arturo la cabeza fuera de la barca por ver la profundidad del agua, porque habia trechos sin rocas en que por su misma rapidez el agua clara como una sábana dejaba ver el fondo de su lecho. Sir Williams no apartaba sus ojos del cielo.

A trescientos pasos del precipicio, el curso de la barca adquirió tal rapidez que se creyó que tenia alas : por veloz que fuese el caballo de sir Murdey

y aunque lo puso á escape lo dejó atrás como hubiera hecho un pájaro. El ruido de la catarata era tanto que cubria los gritos de todos los espectadores : y os digo que eran muy terribles porque era espantoso ver aquellos dos hombres arrastrados al abismo, no tratando de librarse y sin poderlo hacer aunque lo hubiesen intentado. En fin, durante los últimos treinta pasos hombres y barco no fueron mas que una vision : de repente les faltó el Rhin, la barca precipitada en medio de la espuma botó sobre una roca, uno de los dos pasajeros fué lanzado á la sima, el otro permaneció aferrado al barquillo y fué arrebatado como si fuese una hoja : antes de llegar al fondo de la catarata se les vió otra vez aparecer y dar vueltas un momento y sumergirse.

Casi en el mismo instante salieron á la superficie del agua tablas hechas pedazos, y tomando la corriente fueron arrastradas hácia Kaisersthal. De los cuerpos de sir Williams y de sir Arturo no se ha vuelto á oír hablar mas, y lord Murdey pagará las veinte y cinco mil libras esterlinas á los herederos de su compañero.

Ahí teneis palabra por palabra la cosa tal cual pasó, y no hace mucho tiempo, pues fué el domingo anterior.

Habia escuchado esta relacion sin respirar de interés y su desenlace me dejó anonadado. No me equivocaba yo cuando al separarme tan bruscamente de sir Williams en Zurich pensé que alimentaba algun mal designio ; pero jamás hubiera creido que fuese su ejecucion tan cercana y tan trágica. Arrepentime de mi viaje á los Grisones y caza de gamuzas que me habia separado de mi camino. Si

hubiese seguido mi primer itinerario, hubiera llegado á Schaffausen dos ó tres dias despues de sir Williams, y no dudo que le habria quitado de la cabeza la horrible empresa que le llevó á la muerte. Por lo demás dejábase ver bien á las claras que queria deber la muerte á un azar y no al suicidio : intencion que si yo no hubiese previsto, me la hubiera demostrado la carta que escribió para mí, sencilla y triste como el hombre extraordinario que la habia escrito.

« Mi querido compañero de viaje :

» Aunque muchas veces me ha pesado el haberme separado de vos sin una despedida mas amistosa, nunca tanto como ahora en que esta despedida se cambia en adios. Os he abierto mi alma : habeis leído en ella como en un libro : he puesto á vuestra vista todas mis debilidades, todas mis esperanzas, todos mis tormentos. Dios y vos únicamente sabeis que para mí no habia ya felicidad en la tierra mas que en el amor y la posesion de Jenny ; así cuando habeis leído que pertenecia á otro y que era perdida para mi toda esperanza, ó me conociais mal, ó debisteis adivinar en seguida que no sobreviviria á mi desgracia. En efecto, á pesar de estar erranté y fugitivo, me quedaba siempre en el fondo del corazon aquella esperanza vaga y sorda que sostiene al reo hasta el pié del cadalso. Esta esperanza iluminaba horizontes fantásticos y desconocidos como los que se descubren en un sueño ; pero parecíame siempre que caminando en la vida concluiria por llegar á ellos ; de repente el casamiento de Jenny ha extendido un velo fúnebre entre el porvenir y yo. Mi sol se extingue, no sé ya á dónde voy, en derredor mio todo son tinieblas y desesperacion. Bien veis,

mi querido poeta, que es preciso que yo muera, porque, ¿qué haria yo de una vida tan solitaria y tan descolorida ?

» Pero creedme bien : esta resolucion de morir, no es en mí el resultado de un parasismo doloroso y agudo : no siento odio ni contra los hombres ni contra las cosas, y lejos de maldecir al Señor por haberme hecho tan incompleto para la vida, le do gracias de haberme abierto en medio de mi camino una puerta que conduce al cielo. Feliz no la habria visto y hubiera continuado mi camino ; desgraciado, me abre la única senda que me promete el descanso ; preciso es que busque la sombra pues que mis miradas no tienen fuerza para fijarse en el sol.

» Adios. Cerrada esta carta, escribo á Jenny : sea para ella mi último pensamiento : sabrá que bajo de este corteza ridícula de que tanto se ha reido sin duda, habia un corazon bueno y decidido capaz de morir por ella. Tal vez hubiera sido mas generoso y mas cristiano no contristar su felicidad con esta noticia, por indiferente que le sea sin duda ; pero no tengo valor de separarme de ella para siempre dejándola en su ignorancia y llevándome conmigo mi secreto.

» Adios otra vez todavía : si alguna vez vais á Inglaterra, haceos presentár en su casa, decidle que me habeis conocido ; decidle que sin saberlo ella la habia jurado morir el dia que perdiese la esperanza de poseerla, y que el dia que he perdido esta esperanza he cumplido mi palabra.

» ¡ Adios ! pensad en mí alguna vez, y no os riais al acordaros de mí. »

¡ Inútil recomendacion ! Dos gruesas lágrimas corrieron de mis ojos y cayeron en la carta.

¿Quién hubiera osado reir ante una organización humana tan débil para la vida y tan fuerte para la muerte? En aquella existencia solitaria é incomprendida, habia para mí algo de tierno é interesante, un largo martirio moral que tenia una auréola mas religiosa, mas santa que todos los dolores físicos, y una humildad que al doblarse se hacia mas grande que el orgullo.

Resolvi consagrar el resto del dia entero á la memoria de sir Williams, arreglé mis cuentas con el fondista, encargué á Francesco que me llevase la maleta al castillo de Lauffen : tomé mi palo de viaje y salí de Schaffausen solo con mis pensamientos, siguiendo lentamente la orilla del Rhin, hoy tan solitaria y silenciosa como poblada y bulliciosa algunos dias antes para mirar á dos hombres que iban á morir.

Llegué á muy poco al punto en que habia estado amarrada la barca, reconocí la estaca y la punta de la cuerda flotando en el agua : arranqué de una viña contigua un sarmiento con pámpanos, lo eché en el rio para ver su curso. Así como me lo habia dicho el fondista, era poco rápido en aquel paraje donde nada hacia presagiar la proximidad de la catarata. Continué mi camino.

Al cabo de otro cuarto de hora de camino comencé á oír un ruido sordo de continuo. Si no hubiese tenido noticia de la existencia de una gran cascada de agua á tres cuartos de legua del punto en que me hallaba, hubiera creído que habia una tempestad en lontananza. Continué adelantando, y á medida que adelantaba, el ruido se iba haciendo mas fuerte. Aquel ruido que en cualquiera otra circunstancia no me hubiera inspirado mas que

curiosidad, despertaba en mí ahora un verdadero terror. En aquel momento una ráfaga de aire arrebató de un árbol que habia en la orilla del camino algunas hojas amarillentas y secas por el otoño : fueron á caer en el rio, cuya corriente las arrebató tan rápida y tan indiferentemente como habia arrebatado aquellos dos hombres.

Bien pronto descubrí la nube y húmedo vapor producido por la violencia de la cascada : la corriente del Rhin era cada vez mas y mas rápida : algunas rocas de extraordinarias y particulares formas asomaban su cabeza fuera del rio cual caimanes durmientes : el agua estrellándose contra ellas en su inmensa caída, preludiaba lo que iba á hacer : de salto en salto se veian hermosas sábanas lisas cual un espejo de una verde esmeralda, dejando ver hasta la arena de su fondo de una manera tan trasparente que hubieran podido contarse los guijarros de que estaba sembrado. Al fin llegué al sitio en donde faltando repentinamente el cauce del rio se precipita en una sola masa de veinte piés de espesor, y de una extension de trescientos, en el fondo de un abismo de setenta.

Si he expresado mal el interés que me habia inspirado sir Williams, debe formarse una idea del que experimenté á este aspecto. La caída de aquella inmensa catarata, que en cualquiera otra ocasion no hubiera producido en mí sino un efecto de curiosidad, me causaba entonces un profundo terror : me parecia que el terreno sobre que me hallaba se convertia de pronto en movedizo ; me sentia arrastrado por aquella furiosa corriente ; me acercaba al salto ; oia los rugidos del abismo : sentia su aliento ; era absorbido por la catarata ; faltaba el rio á mis

piés, y caía rodando de abismo en abismo sin aliento, sin voz, sofocado, roto, hecho pedazos. Algunas veces se tienen semejantes sueños, y se despierta uno después en el momento en que se cree morir, vuelve en sí, se palpa, y se ríe, convencido de que es imposible correr semejantes peligros. Pues bien, ¡aquel fantástico peligro lo habían corrido dos hombres: aquellas terribles angustias las habían sufrido dos hombres! Se habían visto arrastrados, precipitados, devorados; habían rodado de roca en roca sofocados, rotos, hechos mil pedazos, y no se habían despertado en el momento de morir.

Permaneci como encadenado en la parte superior de la cascada, aunque fuese la menos bella: pero no era su belleza la que yo buscaba; por cualquier punto que yo la examinase al través de la magia de aquella perspectiva, siempre se me aparecía el terror del recuerdo.

Bajé por último importunado por un hombre que, no comprendiendo nada de mi inmovilidad, se esforzaba en explicarme en mal francés que había escogido un mal punto de vista, y que era desde abajo desde donde estaba hermosísima la cascada. Le seguí maquinalmente, aturdido por los mugidos de la catarata, y resbalándome sobre los húmedos escalones en donde caía su agua convertida en vapor. En fin, después de haber bajado casi diez minutos nos encontramos con una construcción de tablas que llaman el *Fischetz*: conduce tan cerca de la catarata que levantando la cabeza se la ve precipitarse sobre uno, y alargando los brazos se la toca con la mano.

Desde aquella vacilante galería es verdaderamente terrible el Rhin por su poder y belleza. Allí faltan

las comparaciones: no es el estruendo del cañon; no es el furor del leon: no son los rugidos del trueno; es una cosa como el caos; son las cataratas del cielo abriéndose al mandato de Dios para lanzar el diluvio universal: es una masa inconmensurable, indescriptible, en fin, la que os oprime, os espanta, os anonada, aunque sepais que no hay peligro de que os alcance.

Sin embargo, sobre esta galería, le ocurrió á sir Arturo la idea de bajar la catarata en una barca, y al separarse de ella propuso la apuesta mortal que aceptó lord Murdey: cosa que confieso no la comprendo.

Después de haber visto la caída del Rhin desde el castillo de Lauffen, es decir, desde la parte superior, y en seguida desde Fucheter, esto es, desde la parte inferior, quise verle todavía en medio de todo su curso: á este efecto bajé á lo largo de su orilla como unos cien pasos, poco mas ó menos; después hallé en una especie de remanso doce lanchas que esperaban pasajeros para transportarlos á la otra parte del Rhin. Salté á una de ellas, Francesco me siguió con mi maleta y mandé entonces al barquero que me llevase al medio del río. A cien varas de distancia de la cascada está aun tan agitado como la mar en un temporal. Sin embargo, llegados al centro de aquella sábana de agua, hallamos el centro menos agitado. Depende esto de que la catarata está dividida por una roca, á cuyos lados crecen musgos, hiedras y arbustos, y encima de la cual hay una especie de veleta representando á Guillermo Tell, y la roca quebranta el agua que se separa espumosa en su base, pero deja detrás de él una línea reposada, tranquila,

desnuda, sobre todo, si se la compara con el hervidero de los dos brazos que la rodean. Entonces pregunté á mi barquero si aprovechando aquel espacio era posible subir hasta el pié de la roca, y me respondió que sin ser peligrosa, la cosa era bastante difícil por el embate de las olas que arrojaban la barca á un lado ó á otro de la corriente, pero que si le daba cinco francos lo intentaría. Respondí poniéndole en la mano lo que pedia, y se puso á remar hácia la catarata.

Para vencer la fuerza de las olas que nos rechazaban tuvo alguna dificultad, como habia previsto el barquero, pero gracias á su habilidad se mantuvo en buen camino. Quanto mas nos acercábamos á la roca, mas el rio hirviendo á nuestra derecha é izquierda estaba mas tranquilo debajo de nuestro barco. En fin, llegamos á un sitio bastante quieto donde nos paramos. Colocados allí en medio mismo de su curso, todo cubierto de su espuma y de su vapor, la catarata era admirable; el sol próximo á ponerse daba un tinte de color de rosa á la parte superior de la cascada, mientras que un iris inflamaba el vapor que se alzaba del abismo saltando, como he dicho, á mas de doscientos piés de elevación. Permanecí así extasiado cercade media hora; en fin, el barquero me preguntó en dónde queria hacer noche; respondí que pensaba pasarla andando, á cuyo efecto iba á buscar un carruaje en Neuhansen ó en Altemburgo, pues no habiendo cosa notable que ver, trataba de aprovechar la noche y ballarme por la mañana á unas diez leguas de Schaffausen.

— Si no necesitais mas que un medio de transporte, me dijo el barquero, y os es igual el dormir

en una lancha ó en un carruaje, no es preciso que vayais á Neuhansen ni á Altemburgo, porque no tengo mas que tomar los remos, y nos marcharemos en seguida mas rápidos que si nos llevasen los dos mejores caballos del ducado de Baden.

Era tan tentadora la proposicion que encontré la cosa muy bien pensada. Nos arreglamos en el precio de diez francos pagaderos en Kaicersthal. Apenas se concluyó el ajuste, cuando el barquero cesó de oponerse á la rapidez de la corriente, y cual me habia prometido, la barquilla, ligera como una golondrina, se alejó de la cascada con una rapidez que durante algunos minutos nos quitó la respiración.

Durante diez minutos casi, pudimos todavía abarcar todo el conjunto de la cascada, menos grande de lejos que de cerca, en atencion á que de cerca la caída misma limita el horizonte, mientras que de lejos no es mas que el adorno principal del cuadro, sus accesorios son pobres y mezquinos. El castillo de Lauffen es poco pintoresco; su pesada arquitectura se aplana sobre la cascada. La aldea de Neuhansen es insignificante por no decir mas; en fin, las viñas que rodean aquellas dos fábricas no contribuyen poco á darles un aspecto rústico de los mas anti-poéticos. Se necesitaria para hacer un digno cuadro de aquella magnífica catarata los pinos de Italia, los álamos de Holanda, ó las hermosas encinas de Bretaña.

Al primer recodo que forma el rio se pierde toda aquella perspectiva; pero todavía oí por largo tiempo el mugido de la cascada, y percibi por encima de los grupos de árboles que adornan las sinuosidades del Rhin el blanco vapor que forma

sobre la catarata una eterna nube. En fin, la distancia disminuyó aquel ruido; las tinieblas me ocultaron el vapor, y comencé á pensar en los medios de pasar en mi barca la noche lo menos mal posible; levantábase del rio una humedad penetrante, un viento fresco corria en su superficie, y para preservarnos de aquel doble inconveniente, no tenia mas que una blusa de lienzo crudo y un pantalon de cutí blanco. Traté de remediarlo acostándome en el fondo de la barca; formé con la maleta una almohada: me metí las manos en los bolsillos, y gracias á estas precauciones logré entrar victoriosamente en reaccion contra el fresco aliento de la noche; además, andábamos bastante bien; veia de ambas orillas huir los árboles, las viñas y las casas; esta vista concluyó por producir en mi imaginacion el efecto de un wals demasiado prolongado. La cabeza me daba vueltas; cerré los ojos, y mecido por la corriente del agua acabé por caer en una especie de soñolencia que no era ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentia despierto, y un frio general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenia necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenia valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentia arrastrado mas rápidamente, oia un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veia disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el rio lleno de espuma venia á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocia

que de minuto en minuto se entorpecian mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caido al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacian cuanto podian por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo: despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribucion recibia la hospitalidad del gran duque de Baden.